

ciente una segunda enfermedad, las dulces miradas de la hermana ejercían una santa acción terapéutica. En los ojos de las otras hermanas había un tedio perenne, un gran desprecio por las cosas del mundo. No así en los de la hermana Magdalena, que se ensimismaban mirando las flores y viendo al Cristo, cubierto por ellas, bajo una divina apariencia de hermosura. La hermana Magdalena no parecía sentir el dolor de las espinas sobre este áspero sendero del mundo. Sabía que la vida es un tránsito, pero no por eso la encontraba desagradable. Disfrutaba de un misticismo optimista y jovial, todo amor para los santos, para los hombres y para las cosas.

Yo he tenido á la hermana Magdalena sentada junto á mí, y he visto cómo subía y bajaba el crucifijo pendiente de su cuello según las palpitaciones de aquel pecho, cuya pompa oprimían en vano los rígidos vestidos religiosos. La hermana Magdalena me informaba de todo lo que ocurría en el hospital, y me prodigaba frases de consuelo para mi dolor. Entonces pude apreciar el tesoro de ternura que había en aquella alma inocente. Cuando la hermana Magdalena se marchaba, una amarga tristeza se apoderaba de mí; yo me decía entonces: «estoy triste porque estoy solo.» Y era cierto; pero aquel mal de soledad que me affigia, no lo curaba ninguna conversación, como no fuese la de la hermana Magdalena.

Esta hermana era buena y era bella, y los enfermos la queríamos tanto por su belleza como por su bondad. La severa disciplina de la orden había ocultado sus mayores encantos bajo el luto austero del vestido; pero un demonio maligno y pica-

resco nos la representaba imaginativamente, según los figurines que, durante el día, habíamos visto en los periódicos ilustrados. Aquel maldito demonio nos visitaba á todos, y nosotros le recibíamos á falta de mejor compañía. Era un demonio taimado que no nos dejaba dormir, y nos hablaba de la vida alegre, del buen vino y de las mujeres hermosas.

¡Pobre hermana Magdalena! Yo me estremezco al recordar los pensamientos impíos que me ha sugerido su blonda y cándida figura. Un día me pidió un ramo de rosas que yo tenía sobre mi mesa para ponerlo á los pies de la virgen. Aquellas rosas fueron las rosas de un sacrilegio silencioso, refinado y cruel. «He tenido un sueño maldito —le dije luego á la hermana Magdalena.» — Y la hermana Magdalena me contestó: «Rece usted el padre nuestro.»

La hermana Magdalena era demasiado hermosa para enseñarnos un santo ascetismo. Sus labios, rojos y frescos, parecían desmentir aquellas mismas palabras que pronunciaban. Oyéndola, había un encanto perverso en observar cómo el tono de la voz era dulce y la intención amistosa. La hermana Magdalena ignoraba esto y su alma inocente no podrá figurárselo jamás.

Cuando abandoné el Hospital, la hermana Magdalena me despidió con buenos consejos:

—Piense usted mucho en la otra vida. Acuérdesese usted de mis palabras. . . .

Yo le pedí permiso y deposité un beso profano sobre su mano blanca, santa y casta.

JULIO CAMBA.



VAGUEDADES

A Rubén M. Campos.

A veces sufro tanto!
 A veces tanto sufro,
 Que la vida me parece más inútil que un guiñapo
 Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto.
 Dos pequeñas mariposas, al abandonar un álamo,
 Se besan mucho, mucho,
 Y fingen al separarse descendiendo, deshojado
 Pensamiento que sopesan cefirillos errabundos.
 Alma, mariposa compañera de la mía, ¿cuándo
 Vendrás, y besándonos, mucho, mucho,
 Bajaremos como triste pensamiento deshojado,
 Pausadamente al sepulcro?
 ¿Hoy? ¿Mañana? ¡Nunca! Abandonado
 Estoy en la existencia, como brusco
 Peñón, que finge alforja extraña y negra que olvidado
 Transeunte dejara en el camino solo y mudo.
 Oh vida más inútil que guiñapo,
 Y más triste que la cámara que impregnó de sí un difunto. . . .

Inglesita de automóvil, acaricia mi cabeza con tus manos....
 Inglesita, dame un beso cariñoso de los tuyos!
 Nada!.... El sol derriba sobre arena y sobre asfalto,
 Eucaliptos y edificios de altos muros;
 Cuauhtemotzin amenaza fieramente á Carlos Cuarto
 Con su flecha que han cubierto los chubascos de calumbro.

ABEL C. SALAZAR.



A UN LITERATO JOVEN

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oirlas de labios maquinales han acabado por hacerseme ininteligibles.

Una de ellas es esa de «llegar.» Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de «fulano ha llegado,» «mengano no llegará,» «es tan difícil hoy para un joven llegar,» y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar? Llegar ¿á dónde? No hay más que una llegada segura é infalible: la de la muerte. Y esta es, tal vez, más que llegada, partida.

Contaba Ulises á la hija del rey de los feacios, cómo se encontró en el reino de Ades, entre las sombras de las heroínas muertas, con la de Ífimedia. La cual parió dos hijos, Oto y Efiálte, que á los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto, siendo los más hermosos que crió la tierra triguera, después de Orión. Estos dos jóvenes gigantes amenazaron armar guerra á los inmortales mismos, y para ello intentaron poner el Osa sobre el Olimpo y sobre el Osa el Pelión, á fin de que el cielo fuese accesible. Y lo habrían conseguido, añadió Ulises, de habérseles colmado la medida de la mocedad. Pero Apolo

les mató antes que les floreciera el vello sobre la boca y bajo las sienas.

¿Intenta usted, mi joven amigo, escalar el cielo, montaña sobre montaña, y teme morir antes de que la medida de la mocedad espiritual se le colme? Si es así, entiendo lo de llegar, si no, no lo entiendo.

Y ¡ay de usted, el día en que se le cumpla eso de llegar! Le empezará el retorno.

Vea aquí por qué tantas veces le he deseado esperanzas que ni se le ajen ni se le realicen, esperanzas siempre verdes y sin fruto siempre, esperanzas en eterna flor de esperanza.

Le duele ser discutido y negado. ¡Ay de usted si no lo fuese! El día en que llegue usted á ser un valor reconocido por todos, un valor entendido, el día en que se le rindan reverentes los que hoy le discuten, ó sus hijos —si ese día triste le llega —será el de la vejez del alma. Cuando el Dante recorría los reinos de los muertos, sorprendíanse éstos al ver que aquél arrojaba sombra, y por ello sacaban que estaba vivo. Si hubiese dejado de arrojarla, era que había pasado ya el umbral de la muerte, donde toda sombra acaba ante las tinieblas. El día en que usted no haga ya sombra, es que habrá entrado en el reino de los inmortales, es decir, de los muertos.

Ya sé qué es á lo que usted aspira, á

entrar en este reino de los pálidos ensueños, á la inmortalidad de la muerte. Pero ¿cree usted que la presa vale la caza ó la victoria el combate?

Si usted hiera, y el herido grita, es que usted está vivo; si no se inmuta siquiera, es que están ó él ó usted muertos. Probablemente los dos.

El día en que con voz triunfante digan de usted: «ya entiendo á este hombre!» está usted perdido; porque desde entonces no es usted ya suyo, sino de ellos. Desde entonces, les dirá usted siempre lo que creían que iba usted á decirles y lo que querían que les dijese.

Tampoco le entiendo del todo, sino muy á cuartas, aquello de que se está buscando. Querrá decirme que se está haciendo.

Dios, además, le libre de encontrarse, quiero decir, de encontrarse hecho. En el momento en que usted haya concluido de hacerse, empezará su deshacimiento. Hay una palabra en latín que significa lo concluido, lo hecho del todo, lo acabado, y es «perfectus», perfecto. ¡Cuidado con la perfección!

Cierto es que nos dijo que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos; pero esta es una de tantas paradojas como contienen los Evangelios, que están llenos de ellas. La paradoja, en efecto, con la parábola y la metáfora, eran los tres principales medios didácticos del Cristo. Y él nos puso un ideal de perfección inasequible, único modo de que nos movamos con ahínco y eficacia á lo que puede alcanzarse. A la perfección divina no podemos llegar, y precisamente porque no podemos llegar á ella, es por lo que se nos da como enseña de llegada.

Me dirá usted que si se busca, es en el propio conocimiento, y para llegar á conocerse y no á otra cosa, y me recordará el propósito la tan mentada y tan asendereada sentencia délfica. Aún no sé si el

conocerse á sí mismo es el principio ó el fin de la sabiduría, y el fin de la sabiduría, como todo fin, es cosa terrible; pero pienso que acaso fuera mejor que cambiásemos la sentencia famosa y ya acuñada, diciendo: «Estúdiate á ti mismo.» Estúdiate á ti mismo, llegues ó no llegues á conocerte, y acaso sea mejor que no llegues á ello, si es que te estudias. Cuanto más te estudies, más te ensancharás y te ahondarás espiritualmente, y cuanto más te ensanches y te ahondes, más difícil te será conocerte.

Y estúdiase usted obrando, en su obra, en lo que haga, fuera de sí. Es muy raro andar hurgándose la conciencia á solas y en lo obscuro. A la luz del día y ante los hombres ponerla al sol y al aire, para que se oree y se ilumine.

Ya otra vez le dije que se anduviese con cuenta con eso de los diarios íntimos, y no me lo entendió usted. Los diarios íntimos son los enemigos de la verdadera intimidad. La matan. Más de uno que se ha dado á llevar su diario íntimo, empezó apuntando en él lo que sentía y acabó sintiendo para apuntarlo. Cada mañana se levantaba preocupado con lo que habría de apuntar por la noche en su diario, y no hacía ni decía nada sino para el diario y en vista de él. Y así acabó por ser el hombre del diario, y éste tuvo poco del diario de un hombre.

Es el mal de toda sensibilidad reconcentrada. Dicen que ocurre á las veces en el análisis químico-orgánico, que al tratar de estudiar un compuesto muy complicado y poco estable, en el acto de accionar sobre él con un reactivo se le destruye, y en vez del cuerpo que se busca estudiar y conocer, se encuentra uno con productos de su descomposición. Y así sucede con el análisis psicológico. Y de aquí el que en las más de las novelas llamadas psicológicas, encontramos descripciones de estados

de conciencia, pero rara vez encontramos almas, almas enteras y verdaderas, como sentimos palpitár y respirar detrás de una frase de obras nada psicológicas. Para verse uno á sí mismo, es mejor el espejo que no cerrar los ojos y mirar hacia dentro.

Está usted preocupado con dar una nota personal. Está bien, ¿pero cuál es la nota personal de usted? ¿Lo sabe usted mismo acaso? No es el que habla quien mejor conoce el timbre de su voz. La fisonomía de un río depende del cauce y de las márgenes. Déjese usted ir á la fuerza de su corriente, saltando represas, y no se cuide de lo demás. Así se llega al mar y se queda hecho río.

Algo me queda por decirle, no sé bien qué, pero vele aquí que caigo en la cuenta de lo vano que es meterse á consejero, y mucho más de jóvenes. Aquí cuadra aquello de «consejos vengó, y para mí no tengo.»

Otro que no yo, se aquietaría pensando que se los han pedido, como me los ha pedido usted esta vez. Pero yo sé bien que cuando un joven pide consejos, no es sincero casi nunca, y lo que en realidad pide es otra cosa. Lo del consejo no pasa de ser un pretexto. Ya antes de ahora me ha ocurrido con alguno que se me ha revuelto, fingiendo desdén, porque no le dije lo que él esperaba y quería que le dijese. Nadie tiene la culpa de defraudar un falso concepto que de él hayan podido formarse los demás.

Y desde ahora le anticipo que pocas cosas habrán de afligirle más en su carrera, que el encontrarse con que aprecian en usted lo que usted menos aprecia en sí, y le menosprecian por aquello en que se tiene á sí mismo en más aprecio. El ex-jesuita y sacerdote católico Jorge Tyrrell, cuya creciente fama llegará á nosotros,

dice en su «Lex Credendi,» estas palabras melancólicas:

«En nuestra propia experiencia, ¿qué hay de más triste y desolador que el ser queridos y admirados por cualidades que sabemos no poseer, ó por aquellas á que no damos valor, ó bien nos desagradan tenerlas, y no lograr, por el contrario, atraer á los demás á lo que creemos lo mejor nuestro, ni conseguir interesarlos en nuestros más profundos intereses?»

Observe que en este triste pasaje dice Tyrrell «ser queridos y admirados.» ¡Qué dos cosas más distintas! A la edad de usted se busca acaso más la admiración que no el cariño de los demás, y aquella á expensas de ésta, pero llegará día, mi joven amigo, en que sentirá usted sed, y una sed, no de la boca, sino aun de las entrañas todas del alma, de cariño. Anhelará usted ser querido. Y Dios le libre de encontrarse entonces presa del más congojoso de los tormentos todos espirituales, cual es el de no poder amar. Triste es no ser querido, pero es más triste no poder querer. Y no faltan almas que quieren amar sin poder conseguirlo, viéndose envueltas en una sequedad que las agosta, ahornaga y resquebraja.

¿Qué más me queda por decirle? Algo es, sin duda, pero no doy en lo que ello sea. Esto es lo de siempre; dejamos por decir lo que luego hubiéramos querido decir más. Y como se ha dicho muchas veces, nuestros mejores pensamientos son los que se mueven con nosotros, sin que los hayamos formulado. Y acaso, acaso, lo mejor nuestro es lo que de nosotros dicen los demás, ó lo que hacemos decir á los otros. Mis pensamientos germinan en mí y florecen en otros; yo soy un vivero para ellos.

MIGUEL DE UNAMUNO.



HOJEANDO ESTAMPAS VIEJAS

Dime, en cuál de estas viejas catedrales,
hace ya muchos siglos, oh Señora,
silenciosos, mirando los vitrales,
unimos nuestras manos fraternales
en la paz de la tarde ensoñadora?

Dime, en cuál de los árboles copudos
de este bosque, medrosos y desnudos,
oímos, en los viejos milenarios,
rugir á los leones solitarios
y aullar á los chacales testarudos?

Dí si en esta enigmática ribera
me esperabas antaño, compañera,
teniendo sólo, en noches invernales,
por chal para tus senos virginales
la húmeda y salobre cabellera?

¿En qué justa he llevado tus colores?
¿En qué gayo torneo, tus loores
entonaron mis labios halagüeños?
Y si nunca te vi ni te amé viva,
¿por qué hoy vas y vienes, pensativa,
por la bruma de nácar de mis sueños?

AMADO NERVO.



CHOIX

A las puertas de la adolescencia, ella y yo, una cálida tarde de estío, en un pueblecillo del Estado de Sinaloa que lleva el nombre de *Choix*, tal vez por su aspecto risueño y encantador, no obstante lo humilde, casi desastroso, de su caserío, nos quedamos estupefactos. Habíamos corrido juntos aquellos verdes campos, cogiendo frutas silvestres, nidos en los árboles reverdecidos, á orillas del pequeño riachuelo ceñido por altos sabinos, en los huertos llenos de naranjas, limas, plátanos, guayabos y entre los vocingleros que nos endulzaban con sus mieles la boca y los jóvenes oídos con su constante rumor. El clima de aquel pueblo es casi tropical, posa en las vertientes del Pacífico, no muy lejos del mar, y su suelo es un yacimiento aurífero. Lavada la tierra de sus mismas calles, deja menudas arenillas de oro en sus residuos. Quizá algún día sea explotado eso. Por de pronto, de todos aquellos contornos, vienen diariamente á vender pepillas de oro los pobres, en el hueco de las plumas de las aves de corral, y en mi misma casa he visto frascos llenos de ellas en singular cantidad... Pero decía que nos quedamos estupefactos: la niña se volvía mujer, el niño se tornaba en hombre.

La tarde aquella no se ha borrado nunca de mi mente. Los años han pasado ligeros como el viento. Todo me parece hoy un sueño. Sobre el fondo verde de la campiña

se destacaba su figura bajo el crepúsculo que comenzaba, como una joven diosa aparecida á un viajero extraño; los grillos tocaban la *única cuerda de su violín*, infatigables, y la campana llamaba al *angelus* en la arruinada iglesia, y su voz se extendía por los campos entre la sombra que llegaba y la luz que se iba, pareciéndome que la naturaleza entera repetía la plegaria que mi alma balbucía en la hora misteriosa.

Al día siguiente, fuimos menos francos, menos comunicativos. Ella era hermosa de veras; la estatuaria hubiera glorificado todas sus líneas, la poesía su alma bella como su sonrisa y pura como la mirada de sus ojos. Era blanca y rubia. La amé. ¡Oh! la amo todavía! Duerme liace tiempo bajo la tierra aurífera de nuestro pueblecillo. Si, la amé, pero no se lo dije nunca.

Un día marché á la ciudad, al colegio; más tarde me alejé más de mis infantiles lares, y arrebatado por la vorágine de México, no la olvidé, sin embargo, nunca. Me casé al fin. Tuve una santa esposa. Raras veces volví á verla, pero siempre con hondo cariño.

Ella no se casó nunca. No se le conoció un novio siquiera. Y si lo hubiera tenido, yo hubiera sido muy desgraciado. ¿Por qué? He pensado mucho en el cariño que he profesado á mis hermanos, á mi mujer, á mi madre. Pues bien, el que despertó ella en

mí, no era igual á ninguno. Hoy, al pensar en él, parece que algo se evapora de mí sér como el perfume de un ramo, y se exhala hacia ella en una atracción celeste; mi espíritu, mi alma, gravita hacia el abismo como un planeta alderredor del sol.

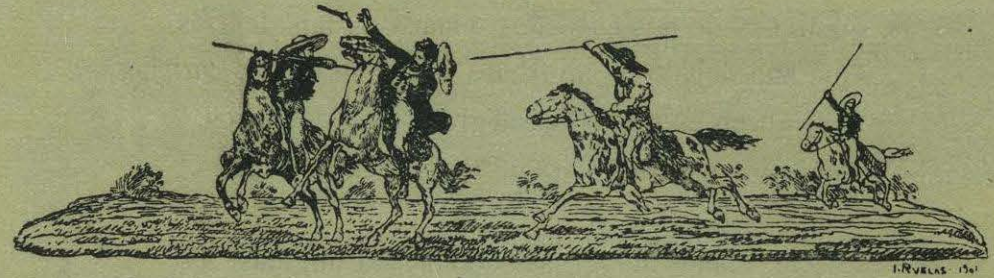
Es eterno el recuerdo, y me añoranzo en una hamaca colgada de las estrellas, que decía Justo Sierra.

No he sido un creyente ni mucho menos y, no obstante, no me conformo con que su

belleza de cuerpo y alma hayan desaparecido para siempre, y menos aún en que desaparezca yo, su admirador, su adorador rendido, y conmigo su recuerdo último. Si pudiera volver á aquel pedacito de tierra, cómo me arrodillaría en su sepulcro cubierto de blancas florecillas que rociaría con mis lágrimas..... ¡Qué contrasentido: no creo en Dios y he creído en los ángeles!

JESÚS E. VALENZUELA.

XIOP'S



¡OH, MANOS!....

Al egregio autor de la "Balada de las manos."

¡Hands, sweet hands!

¡Oh, manos armiñadas que he enguantado de besos!
 ¡Oh, manos eucarísticas de blancor de jazmines,
 que llevan en su albura pálidamente impresos
 de una sangre rosada desmayados carmines!

¡Oh, prestigiosas manos, leves é inmaculadas,
 que con desesperanzas añoro en mi infortunio;
 albas manos monjiles que parecen bañadas
 en el polen de plata de un claro plenilunio!

¡Oh, manos de retrato, doloridas y buenas,
 en cuyo albor de armiño vagamente resaltan
 los hilos de zafiro de las azules venas,
 y los tonos de púrpura que los dedos esmaltan!

¡Oh, excelsas manos níveas, que cual enfermas rosas,
 se elevan á los cielos ávidas de un arcano,
 ó se deslizan tenues como albas mariposas
 en los viejos marfiles del lloroso piano!

Manos de mis ensueños, manos de mis delirios,
que han dejado en mi frente la unción de sus caricias,
y se abren en mis horas negras como dos lirios,
bañándome en un bálsamo de supremas delicias.

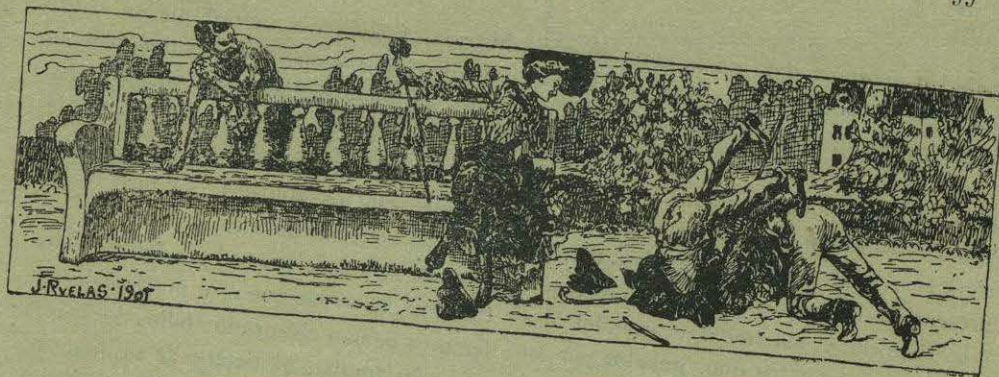
¡Oh, manos milagrosas de caridad ungidas,
que vierten con cristianas dulzuras celestiales,
un óleo de consuelo en todas las heridas,
y un grano de esperanza en todos los eriales!

¡Oh, manos impolutas de señoril pergeño,
manos de nitideces vírgenes de camelia,
que riegan en los lagos azules del Ensueño
los líricos capullos que deshojara Ofelia!

Cuando, —vencido atleta,— en la liza sucumba,
¡Oh, manos consagradas, manos de eucaristía,
deshojad píamente sobre mi humilde tumba
la anémona llorosa de una triste elegía!

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

1907.



UN ESTUDIO DE MENÉNDEZ Y PELAYO

De las dos principales formas que la novela histórica tiene, ¿a cuál pertenece *Ave Maris Stella?* Hay entre las obras de Walter Scott, algunas de las más brillantes y famosas, no de las más espontáneas (*Ivanhoe*, *Quentin Durward*. . . .), en que la historia da, como dice muy bien nuestro Amós, «el esqueleto y trabazón del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la acción, la medida de los caracteres y aventuras.» Tienen estas novelas el inconveniente de que la Historia se desborda en el campo de la poesía, con tan impetuoso raudal, que anula la acción del protagonista inventado, y convierte sus personales aventuras en una especie de máquina teatral, puesta al servicio del gran drama de las ambiciones y las catástrofes humanas. Sobre esta manera de narraciones histórico-anoveladas, recaen principalmente las observaciones de Manzoni, que después de haber compuesto su áureo libro de «*I Promessi Sposi*,» entró en escrúpulos literarios sobre el libro y sobre el género, y escribió su opúsculo «*De la novela histórica*,» en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados, los inconvenientes de aquella forma poética y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas anteriores, puesto que en su admirable «*Carta sobre las unidades dramáticas*,» había hecho la más profunda apología del drama histórico, tanto mejor, cuanto más fiel á la Historia; siendo doctrina de aquel egregio pensador y gran poeta, que «las causas históricas de una acción, son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado la verdad poética que buscamos en la tragedia.»

Si esta doctrina puede parecer extremada por lo mucho que restringe los derechos de la fantasía, todavía es más rígida la que luego sostuvo, condenando como género contradictorio en sí mismo toda mezcla de historia y ficción. La humanidad continúa recreándose con este género híbrido, y en la cúspide de él coloca precisamente un libro de Manzoni. Pero éste pertenece á la segunda categoría de novelas históricas, al grupo en que debemos colocar también las obras más amables y espontáneas de la primera manera de Walter Scott. En vano intentan hoy los críticos rebajar el mérito de este mago de la Historia, Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma, uno de los grandes bienhechores de la hu-